

Fascista no; Anarquista

Por RUBEN SALAZAR MALLEN

CUANDO fue a Alcalá de Henares, a recibir el premio Cervantes, Jorge Luis Borges se declaró anarquista: "Quizá yo no sea más que un tranquilo, silencioso anarquista spenceriano que, en su casa sueña con que desaparezcan los gobiernos".

Ahora, en Biarritz, como invitado de honor al Festival de Cine Iberoamericano, ha ratificado su posición anarquista: "Sé me ha tratado siempre de fascista y hasta de nazi —dijo—, cosa tremendamente injusta, porque yo soy un anarquista que quisiera que el Estado se mezcle lo menos posible en la vida de los ciudadanos, y que además ha luchado contra esas dos ideologías".

En esta declaración de Biarritz, Borges dijo su realismo en materia política. Es indicio de realismo y saber político distinguir al fascismo del nazismo, diferentes a pesar de que Hitler fue discípulo de Mussolini, o tal vez por eso: ¡Ay del discípulo que no supera a su maestro!

Pero no sólo por eso dio señales de realismo en materia política Jorge Luis Borges. Cuando dijo que "quisiera que el Estado se mezcle lo menos posible en la vida de los ciudadanos", indicó tácitamente que se da cuenta de los límites actuales del anarquismo.

★
BORGES sigue siendo anarquista y, aunque no lo diga expresamente, reconoce que no hay peor calamidad que el Estado. Considera que el Estado es abominable, cualquiera que sea la forma que adopte; pero, con sagaz realismo, se percató de que en los días que vivimos no es posible abolir el Estado, aunque se apele a una revolución violenta, como quería Bakunin.

Para llegar a la abolición del Estado deben darse ciertas condiciones que no se dan en el presente. Comprendiéndolo, viéndolo en la realidad, Borges se resigna al mal menor: "que el Estado se mezcle lo menos posible en la vida de los ciudadanos".

Parece un regreso al liberalismo, pero no lo es. El liberalismo se propuso como fin último que el Estado se mezcle lo menos posible en la vida de los ciudadanos y para el anarquismo éste no es un fin

Sigue de la página siete

último. Lo que él propone como remate de su propósito es la abolición del Estado. Lo que para el liberalismo es un fin, para el anarquismo es una etapa a la que hay que resignarse.

Esto plantea un muy serio problema. En la transición de cualquier posición política al anarquismo, se tropieza con la dificultad de hacerlo. ¿Cómo pasar del Estado al no Estado?

El anarquismo no ha encontrado los caminos que conduzcan a la abolición del Estado. Verdad es que la búsqueda de esos caminos no ha sido muy intensa. El anarquismo se ha dedicado principalmente a proclamar, y lo demuestra invariablemente, que el Estado es el peor de los males, porque implica la existencia de un grupo de parásitos llamados políticos, que viven sin trabajar y acaparan privilegios e impunidades.

★
TENER conciencia de ello es sólo un primer paso hacia la libertad. Para proseguir la marcha, hay que encontrar el procedimiento práctico para abolir el Estado. Ese procedimiento no existe, y a que

SIGUE EN LA PAGINA DIEZ

sea encontrado se oponen los políticos de todas las denominaciones, que ven una amenaza de muerte en que tal procedimiento sea encontrado.

Hay anarquistas que han pensado en el autogestionarismo como solución; pero al autogestionarismo sólo se le ha podido incluir en la práctica como una estructura subordinada a un poder central, es decir, a un gobierno, a la manera yugoslava. Esa forma de autogestionarismo no satisface al anhelo mayor del anarquismo, que es la abolición del Estado, esto es, de un poder central.

Tal vez una sabia combinación de autogestionarismo y cooperativismo daría la solución buscada; pero, ¿cómo formularla? Y, sobre todo, ¿cómo aplicarla teniendo en contra a los dueños del poder, de la autoridad, es decir, del despotismo, que por ningún motivo tolerarían que su negocio fuera clausurado?

Borges, en vez de resignarse a que el Estado se entrometa lo menos posible en la vida de los ciudadanos, podría dedicar parte de su inteligencia y de su excepcional talento a encontrar la solución que hace falta.